

## VARGAS LLOSA Y LA EQUIVOCACIÓN DE DIOS

LAUDATIO EN LA INVESTIDURA DE MARIO VARGAS  
LLOSA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA  
UNIVERSIDAD ANDRÉS BELLO, 12 DE ABRIL DE 2011

ALFREDO MATUS OLIVIER  
Academia Chilena de la Lengua  
amatus@unab.cl

*A Dafne ya los brazos le crecían  
y en luengos ramos vueltos se mostraban;  
en verdes hojas vi que se tornaban  
los cabellos que al oro escurecían*

Garcilaso de la Vega, Soneto XIII

La historia empieza, como siempre, en Grecia. Y, cómo no, con un intento de violación frustrado y una rama de laurel. El poema de Garcilaso y la famosa escultura marmórea de Bernini correferien al viejo mito de

Dafne y Apolo. Esa vieja historia mediterránea en la que Apolo, luminoso dios del Olimpo, enamorado sin medida de la resplandeciente ninfa Dafne, apasionadamente la persigue. Ella, esquivando, lo rehúye, y, para no ser ultrajada, se va transformando lentamente en laurel, árbol de hojas verdes y perennes.

A Dafne ya los brazos le crecían . . .  
en verdes hojas vi que se tornaban

Trabajo rigurosamente filológico el que se me encomienda: muy ceñido, sutil y canónico. Este es el trabajo de la *laudatio*. Un texto es lo que tenemos por delante en esta operación hermenéutica: el texto de una vida, en plena sazón y potente vigencia, un quehacer creador y un discurso existencial únicos. La *laudatio* pertenece al género encomiástico, no al del *Encomion moriae seu laus stultitiae* erasmista, sino, por el contrario, al *Encomion doctoris seu laus sapientiae*. Un encomio es lo que me corresponde hacer en esta hora. “Alabanza encarecida”, dice el Diccionario Oficial. Tal vez un *epinicio*, oda sobre la victoria (*epi nike*), a lo Píndaro; o simplemente un *panegírico*, “discurso de loa, laudatorio”, para todo el pueblo (*pan agyris*). Léxico de lo encomiástico: *loor, loa, alabanza, elogio, vitor*. Nacieron estas voces para celebrar la victoria deportiva, la de los juegos olímpicos. Los helénicos las inventaron para reconocer el valor del atleta, el triunfo de lo bello, de lo noble y de lo verdadero por sobre lo mediocre. Viajaban por los caminos de Grecia y recorrían cientos de kilómetros no más para alcanzar la victoria, no más que para conseguir una rama de laurel (“A Dafne ya los brazos le crecían”) y quedar eternamente “laureados” ¡Una rama de laurel es lo que te ofrece esta tarde nuestra universidad, apreciado Mario!

\* \* \*

Para qué cambiarle el nombre a las cosas. En verdad, Dios se equivocó. No en la creación del hombre, naturaleza cruda, sino en haberlo hecho a “su imagen y semejanza”. Ese es el pequeño detalle a partir del cual el plan divino se revirtió en su contra. El Creador mismo creó a su criatura como competencia, “bajó su perfil” y así fue como se restó protagonismo. El primado del Padre y el de sus dos personas contiguas se vio amenazado.

Así se demuestra en ese versículo 26 del primer capítulo del Génesis que impera en toda la historia del hombre, pequeño articulillo del que emerge el trazado de una criatura hecha a imagen de su Creador: “Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que ellos dominen los peces del mar, la aves del cielo, los animales domésticos y todos los reptiles”.

No se trata de mera nostalgia, sino de raíz de omnipotencia. El hombre, cabalmente, por semejanza divina, posee esa raigambre, esa porción de médula espinal del primer Principio. Tiene algo de esa omnipotencia del hacedor de mundos y universos, de tierras, lunas, soles y galaxias, de agujeros negros y supernovas. Pequeño Pantocrator, el *bípodo implume* muy pronto empezó a ejercer su semejanza divina, construyó su primera metáfora, y se empinó la torre y creció en las alturas hasta que se confundieron las lenguas. No le quedaba más que emprender nuevas atalayas.

Nostalgia de creación, nostalgia de eso que los griegos llamaron *poiesis* y que radica en el meollo de lo humano. Y, como siempre, todo comenzó en el *Bereshit*, primer capítulo de la Torá, el *Génesis* del Pentateuco. La gran metonimia de la torre de Babel, torre inconclusa, no llegó a los cielos; claro, no se trataba más que de mera similitud. Y empezó un nuevo intento: el de fraguar otro mundo creado por la criatura. Se inicia entonces la historia de una muerte anunciada, la de un deicidio. El hombre se rebela: el pago de un villano. “Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien a villanos es echar agua en la mar” (Quijote I, 23). El odio de Dios, el odio por Dios, la *teofobia* elemental. Así, la historia de la humanidad no resulta más que el trazado de la gran venganza de un desagradecido que no le perdona a Dios que lo haya hecho a su imagen y semejanza, solo que hasta por ahí no más. Babel es la gran venganza y la literatura toda, segunda Babel incorpórea, es el gran desquite, la enorme revancha del villano. Y esta segunda torre se seguirá levantando, ya imparable, siempre inconclusa, hasta la consumación de los tiempos. La cultura no parece más que el esfuerzo subversivo, ciclópeo, por reconstruir la malograda elevación.

Levantar torres inconclusas es quehacer primordial del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Escribir poemas y “contar historias” es siempre levantar torres inconclusas, puro empeño, pura pujanza, puro anhelo. Así lo demuestra el ciprés de Silos en el *Selige Sehnsucht* goetheano:

“Enhiesto surtidor de sombra y sueño”

En esto me refugio para decir esta *laudatio* al potente hacedor de historias, al macizo develador de la equivocación divina; Mario Vargas Llosa. La cápsula de tiempo que se me concede en esta hora es exigua y la quiero ocupar en solo este sentido: apuntar simplemente, poner el dedo apenas en esta pujante y primordial yema generatriz, y en la preclara clarividencia de su creador, desalmado vengador de Dios.

En el texto *Las mentiras verdaderas*, que precede a *La señorita de Tacna* (firmado en Washington, en marzo de 1980), el escritor peruano se refiere a ese “vasto quehacer”, un universal humano, “presente en todas las culturas”, al precisar que, en esta pieza de teatro, “hay un asunto anterior y constante que envuelve a todos los demás y que ha resultado... la columna vertebral de esta obra: cómo y por qué nacen las historias. No digo cómo y por qué se escriben . . . , pues la literatura sólo es una provincia de este vasto quehacer —inventar historias— presente en todas las culturas, incluidas aquellas que desconocen la escritura”.

“La columna vertebral de esta historia”: ahí radica la columna vertebral de toda la alucinante vividura de este narrador excepcional. “Pretexto” llama Vargas Llosa a esta obra, y pretextos son todas las suyas, con las que no ha intentado otra cosa que “atrapar en una historia aquella —inasible, cambiante, pasajera, eterna— manera de que están hechas las historias”. Problema genuino, estrictamente lingüístico; faena rigurosamente glotológica, afán teórico, pasión por conocer, como el del glorioso manco manchego, construcción metaliteraria y reflexión rigurosa sobre su propia hacienda creadora. “El escritor dice, literalmente, lo indecible, lo no dicho, lo que nadie quiere o puede decir. De ahí que todas las grandes obras literarias sean cables de alta tensión, no eléctrica sino moral, estética y crítica”.

En mi condición de lingüista, no más que en esto deseo concentrarme brevemente. En sus escritos metalingüísticos, el notable pensador de Arequipa es maestro en la teoría del lenguaje. Solo quisiera reinstalarlo, muy exiguamente, en su condición de genuino lingüista, como teórico de los modos históricos que existen para ejercer la sagrada libertad humana por medio del lenguaje.

Si tuviera que nombrar algunos textos primordiales sobre los orígenes filogenéticos de la ficción – narración – literatura, me quedaría con la novela *El hablador* (1987) e, íntimamente ligado a ella, ese espléndido prólogo al ensayo *El viaje de la ficción. El mundo de Juan Carlos Onetti*

(2009). El episodio vivido en la Amazonía peruana (Yarinacocha), en 1958, resulta alucinante. El antropólogo Snell le narra a Vargas Llosa la llegada del “hablador”

#### KEN KITSA TA TSI RI RA

a una comunidad apenas en trance de salir de la prehistoria, la machiguenga. Era “una prueba palpable de que allí, ya entonces . . . antes de que empezara la historia, ya había seres humanos que practicaban lo que yo pretendía hacer con mi vida —dedicarla a inventar y contar historias”. Momento mágico del del narrar primordial, en la oscuridad de los tiempos, en los albores del silabeo ancestral, “cuando, en la hora cumbre del pánico, la noche oscura, apretados contra otros cuerpos humanos en busca de calor, se ponían a divagar, a viajar mentalmente, antes de que el sueño los venciera, a un mundo distinto, a una vida menos ardua, con menos riesgos, o más premios y logros de los que permitiría la realidad vivida”. Amanecer de la semanticidad, del lenguaje humano, de los actos de habla que constituyen la humanidad. Entre esa ficción arqueológica y la literatura, sostiene Vargas Llosa, hay un mismo “movimiento mental del desvalido ser humano por salir de la jaula”. También me parece fundamental, para la indagación metaliteraria sobre Vargas Llosa, su reciente obra de teatro *Las mil y una noches*, actuada por el propio autor en el papel del rey persa Sahrigar, el 3 de marzo último, y que apunta al poder salvífico de las narraciones, su capacidad de humanizar al lobo humano. Como se sabe, Sherezada se salva de la muerte narrando ficciones al rey, quien sorprendido reconoce: “Cuando estoy sumido en tus historias, mis odios y rencores desaparecen”.

No es tiempo esta tarde, ya otoñal, para recuentos, ni cuadros estadísticos, ni menos para reproducir aquí un extensísimo currículo. Ni fuera oportuno: constituiría un acto ingenuo, de inocencia bautismal. Vargas Llosa ya está definitivamente instalado, en nuestra historia cultural, como autor de textos literarios del más alto tonelaje moral y del espíritu.

Vargas Llosa pertenece ya al canon de los clásicos de las letras. Si hubiera que ventilar algunos, fatigosa faena sería la de espigar ejemplos de sus merecimientos de entre tan variada y prominente trayectoria. En materia de distinciones, el escritor arequipeño ha obtenido cerca de doscientas. Mencionemos solo algunas: el Premio Cervantes de 1994, máximo

reconocimiento de las letras hispánicas; el Rómulo Gallegos de 1967 (por su novela *La casa verde*); el Príncipe de Asturias de las Letras (1986); el Planeta de 1993 (por su novela *Lituma en Los Andes*); la Legión de Honor de Francia (1985); su elección como Miembro de Número de la Real Academia Española (1994); y, culminación de todas, el Premio Nobel de Literatura, en 2010, máxima preza de las letras universales: “por su cartografía de las estructuras del poder y sus imágenes mordaces de la resistencia del individuo, su rebelión y su derrota”. Y ya que estamos en trance de doctorado, 44 Honoris Causa le han otorgado prestigiosas universidades, como las de Boston, Berlín, Génova, Georgetown, Yale, Rennes, Valladolid, Lima, Londres, Oxford, Harvard, Cambridge, Lovaina, Gran Bretaña y La Sorbona. A uno de mis maestros de Alemania, el eminente lingüista Kurt Baldinger, de la Universidad de Heidelberg, que ostentaba un par de doctorados *honoris causa*, había que llamarlo —con su juguetona benevolencia— Herr Professor Dr. Dr. Me imagino lo que tardaría en dirigirme a Mario Vargas Llosa si quisiera destacar sus grados honoríficos superiores. Es llamado Marqués de Vargas Llosa desde el 3 de febrero de este año por Real Decreto de Juan Carlos I. “Los cholos hemos llegado a la aristocracia española.”, comenta. Evidentemente, se trata de una dignidad que se ha tomado con humor y, por cierto, con gratitud por el cariñoso gesto del Rey de España: “Agradezco a España, agradezco al rey. Y al mismo tiempo digo que yo nací plebeyo y voy a morir plebeyo”.

Polifacético y multigenérico, ha producido, de modo sostenidamente excepcional, obras teatrales como *La huida del inca*, (de sus inicios, publicada en 1952), *La señorita de Tacna* (1981), *Kathi y el hipopótamo* (1983), *La chungu* (1986), *Las mil y una noches* (2010) y relatos y novelas breves. Entre estas últimas, destaca *Los jefes* de 1959; “un pequeño microcosmos de lo que vendrían a ser el resto de mis libros”. Además, es autor de diversos ensayos como *Contra viento y marea* (1983 a 1990), 3 volúmenes de artículos periodísticos escritos entre 1962 y 1988; *Carta de batalla por Tirant lo Blanc* (1969); *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary* (1975); *La verdad de las mentiras* (1990); *La tentación de lo imposible* (2004), sobre *Los miserables* de Víctor Hugo; *El viaje a la ficción* (2008), sobre Juan Carlos Onetti. Dentro de su narrativa, podemos encontrar memorias (*El pez en el agua*, 1993), pero especialmente novelas; novelas mayores que ya se hayan inscritas en el *depositum* canónico de la literatura en lengua española. Todos

reconocemos títulos como *La ciudad y los perros* (1963), que tuvo incluso una versión cinematográfica; *La casa verde* (1966); *Los cachorros* (1967) llevada también al cine; *Conversación en la catedral* (1969), *Pantaleón y las visitadoras* (1973), adaptada al cine recientemente; *La tía Julia y el escribidor* (1977); *La guerra del fin del mundo* (1981); *Historia de Mayta* (1984); *La fiesta del chivo* (2000), novela con la que una vez más despertó el interés de un director de cine; y *El sueño del celta* (2010).

Como Cervantes en su escritura, Vargas Llosa ha indagado en el ser mismo del contar historias, y ha logrado renovar radicalmente los modos narrativos tradicionales. Eugenio Rubio en su *laudatio*, en Alicante (2008), puso énfasis en este aspecto superior de su silueta intelectual: “renovador de la técnica narrativa configurada por la complejidad del multiperspectivismo, la utilización del *flashback*, la supresión del narrador omnisciente a favor de una compleja variedad de narradores, la exposición y desarrollo de historias paralelas, la multiplicidad de variantes y registros idiomáticos”. Fue en París, como ha afirmado, donde, con la honda lectura de Sartre, Camus, Malraux, entre otros, se convirtió en latinoamericano. Entre sus maestros reconoce, además, a Flaubert, Faulkner, Martorell, Cervantes, Dickens, Balzac y Orwell. Latinoamericano esencial, simplemente novelista, novelista grande: escritor éticamente comprometido con su vocación, con su época, con su gente. En primer lugar, con la de su casa, la peruana, y, a través de ella, con el ser, el existir y el decir de la gente en general. *La ciudad y los perros* (1962) fue una obra inaugural, iniciadora del llamado *boom* de la narrativa hispanoamericana. Tras esta, vinieron todas las producciones literarias que hemos destacado y que, a continuación, intentaremos caracterizar brevemente. *La casa verde* (1965) se funda en una reminiscencia: en esa vivienda extraña en las afueras de Piura. *Los cachorros* (1967) es un breve artefacto clásico, con motivos arquetípicos dentro de los cuales destaca, claro está, el de la “castración”; al igual que *Los jefes*, un conjunto de relatos incluidos en la “Las 100 joyas del milenio” (de la Colección Millennium del diario *El Mundo*). *Conversación en La Catedral* (1979) es un texto en el que se procesa artísticamente la dictadura de Manuel Odría, y se pone de manifiesto un Vargas Llosa que ya se está perfilando como un virtuoso constructor de caracteres (Santiago Zavala y el negro Ambrosio, más reales en su realidad que cada uno de sus lectores). Son de destacar, asimismo, las obras posteriores que sitúan una indagación lúcida de la cotidianidad: *La guerra*

*del fin del mundo* (1981), elaborada a partir de un “trabajo de campo”; la extraordinaria novela *La fiesta del chivo*, amasijo histórico virtuosamente configurado entre la “Era Trujillo”, fundada en investigaciones documentales, y los mitos arquetípicos de la antigüedad. En definitiva, a Vargas Llosa le interesa “El diálogo intrahistórico entre Europa y América, la era de las revoluciones y las dictaduras, la arquitectura de las diversas utopías”. El heroísmo es una de sus predilecciones humanistas, pero la más importante, sin duda, es la dialéctica entre realidad y literatura. Entre realidad y sueños, mentiras o prevaricaciones.

Vargas Llosa es lector por antonomasia, intrínsecamente etimológico. *Leer* proviene del verbo latino *legere*, perteneciente a la enorme familia del étimo *leg-*, que pasó de significar, en légamo prehistórico indoeuropeo, “cosechar”; y que luego de pasar por sutiles transiciones semánticas, llegó a valer tanto como “seleccionar” o simplemente “elegir”. Leer es el acto de escogencia germinal, absoluto, manifestación de la condición más humana de lo humano, la de ejercer la libertad y la finalidad en el supremo acto de “elegir”. El verdadero “lector” es, por lo tanto, un “elector”, un *eligente* y *elegante*, en el sentido orteguiano. Y el escritor, por su parte, es la forma prototípica del ser lector eligente. En el doctorado de Málaga (2007), Vargas Llosa afirmaba: “Todo escritor es, antes de serlo, un lector, y ser escritor es también una manera distinta de seguir leyendo”. El discurso de aceptación del Premio Nobel versó sobre lo que él llamó “Elogio de la lectura y la ficción”: “Aprendí a leer a los cinco años, en la clase del hermano Justiniano, en el Colegio de la Salle, en Cochabamba (Bolivia). Es la cosa más importante que me ha pasado en mi vida”. Y el brindis que ofreció en el banquete de ese día, 11 de diciembre de 2010, consistió en un cuento: “Érase una vez un niño que a los 5 años aprendió a leer . . . Con el tiempo, aprendió que . . . una cosa es el mundo de la realidad y otra, muy distinta, el mundo del sueño y la literatura, y que este último solo existía cuando él leía y escribía”. La obtención del Nobel lo inserta en esa zona indefinida, “casi en la realidad, casi en el sueño” de nuestro Juan Guzmán Cruchaga. “Todavía sigue ahí, desconcertado, —exclama, perplejo ante el Premio Nobel de Literatura— sin saber si sueña o está despierto, si aquello que vive lo vive de verdad o de mentiras, si esto que le pasa es la vida o la literatura”. Es como el “Gran- Todo-de-la nada-de-los-casis” de Miguel Hernández.



Entre sus obras de crítica literaria sobresale, por su aguda reflexión teórica, *García Márquez: historia de un deicidio* (1971), estudio magistral de la magistral novela de García Márquez *Cien años de soledad*, que fue, además, su tesis doctoral, sostenida ante la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense (Madrid). Refleja toda ella esa inquietud reflexiva constante: “cómo nace la voluntad de creación, de qué experiencias se alimenta, mediante qué procedimientos transforma los materiales del mundo real en elementos del mundo ficticio y las similitudes y contrastes que estos dos mundos mantienen”. En el doctorado de La Rioja (2007), proclamaba: “La literatura es hija tardía del quehacer primitivo de inventar y contar historias, que humanizó a la especie”. Es un quehacer realizado desde antiguo por todo tipo de contadores populares, hechiceros, cuentistas, juglares, trovadores. Su intento por comprender el sentido de la literatura fue una inquietud teórico-literaria transversal a lo largo de todo su quehacer, como lo anotaba en ese estudio sobre García Márquez: “Escribir novelas es un acto de rebelión contra la realidad, contra la creación de Dios que es la realidad. Es una tentativa de corrección, cambio o abolición de la realidad real, de su sustitución por la realidad ficticia que el novelista crea. Cada novela es un deicidio secreto, un asesinato simbólico de la realidad”. Y al referirse al afán totalizador de *Los miserables*, en su lúcido ensayo *La tentación de lo imposible* (2005), sostiene: “Espoleado magníficamente por la voluntad decidida — imitar al Creador, creando una realidad tan numerosa como la que Él creó, es una manera de substituir a Dios, de ser Dios”.

En *El pez en el agua*, en 1993, apuntaba: “una novela lograda es una esforzada operación intelectual, el trabajo de una lengua y la invención de un orden narrativo, de una organización del tiempo, de unos movimientos, de una información y unos silencios”. Y agrega: “Desde muy joven he vivido fascinado con la ficción . . . Tal vez porque es una necesidad irresistible que la especie humana trata de aplacar de cualquier modo y aun por conductos inimaginables, la ficción aparece por doquier, despunta en la religión y en la ciencia y en las actividades aparentemente vacunadas contra ellas. La política . . . es uno de esos campos abonados para que lo ficticio, lo imaginario echen raíces”.

Ahora bien, no es esta una ocasión para entregar cifras y recuentos, sino contenidos esenciales; aquellos que han movido a esta Universidad Andrés Bello a concederle el máximo galardón que entrega a los seres superiores

de la inteligencia y a los baluartes de la libertad de pensamiento, que con su obra y testimonio vital, con su creación espiritual, han contribuido sustancialmente al adelantamiento de la humanidad. Como pone el diploma que hoy recibe: “. . . en reconocimiento de su importante labor académica, su permanente y valiente defensa de la libertad y su notable contribución a nuestro idioma a través de su relevante obra literaria”. Galardón que nuestra Casa había asignado a Mario Vargas Llosa ya en 2009, pero cuyo Decreto data del 12 de enero de 2010. Le iba a ser conferido el 10 de marzo de 2010 y hubo de ser postergado hasta el día de hoy, por voluntad sísmica de nuestro territorio, que provocó el desmoronamiento de tantas metáforas nuestras, entre las cuales cabe mencionar al V Congreso Internacional de la Lengua Española. Viene aquí a cuento el fundador de la Universidad de Chile, antecesora directa de la Universidad Andrés Bello, en su ideario y en su talante. Sostenedor de su nobilísimo *primado de la libertad*, el ilustre venezolanochileno sentó las bases de la educación superior nacional sobre la piedra angular de la libertad. “[C]omo contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que todo lo recibe sin examen, y por otra, a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad”.

El hombre es el gran prevaricador, el que se las da de hacedor, el que se cuenta el cuento de contador, de recreador de realidades que no son *la* realidad, embustero por antonomasia. Como los diá -bolos, el ángel caído o como el gran Embustero, otra equivocación de Dios. Los dos son ángeles caídos, hipócritas, fingidores, por *ius sanguinis*. Y el gran hipócrita de los hipócritas es sin duda el escritor.

El narrar constituye la gran metonimia del decir humano, de las lenguas, del lenguaje sin más que es la poesía, lenguaje en estado puro. Con el narrar, empieza la significación. Antes no hay más que sonido recién egresado del ruido y del grito arqueológico. Con la narración empieza la nombradía del mundo, la segmentación y categorización lingüística de la realidad, de la única que existe para el hombre, la realidad dicha. Las lenguas recortan el universo con sus palabras, sus textos, que son siempre narraciones. Y hasta allí donde no alcanzan los idiomas llega la creación literaria, la poesía y la narración. Con sus sílabas mayores, alcanza una realidad intergaláctica que no ha sido nombrada todavía por astrónomo alguno, salvo por los grandes escritores. El iceberg sumergido de lo no dicho, la inmensidad del silencio

que es pura majestad, lo envuelve todo. Así lo intuye poderosamente nuestro Gonzalo Rojas en su poema *Al silencio*:

Oh voz, única voz: todo el hueco del mar . . .  
todo el hueco del cielo,  
toda la cavidad de la hermosura  
no bastaría para contenerte

Y ahí está ese texto, siempre nuevo, imprescindible, que quiere abarcar la inmensidad de lo innombrado. Proviene del salmista en la referencia de Mateo 13, 35: *Aperiam in parabolis os meum, eructabo abscondita a constitutione mundi*. “Abriré en parábolas mi boca, proclamaré lo que estaba escondido desde la creación del mundo”. *In parabolis*, por medio de parábolas que son las palabras. Es que no existe otro modo de decir y es lo que Vargas Llosa ha logrado con su decir y su reflexión sobre el decir.

El hombre es el gran remedador de Dios, el que intenta *contrafazer* el mundo en la manera del Creador. Como la Fantasía X de Alonso de Mudarra “que contrafaze la harpa en la manera de Ludovico”. Aunque, a veces, la realidad real le dé coces a la realidad fingida. No hay más que recordar una de ellas: cuando a *La tía Julia y el escribidor* (1977) le salió —y qué bueno que haya sido así— un zarpazo: *Lo que Varguitas no dijo* (1983), de Julia Urquidí. “Explorar la realidad humana —escribía Octavio Paz—, revelarla y reconciliarnos con nuestro destino terrestre sólo es la mitad de la tarea del escritor: el poeta y el novelista son inventores, creadores de realidades. El poema, el cuento, la novela, la tragedia y la comedia son, en el sentido propio de la palabra, fábulas: historias maravillosas en las que lo real y lo irreal se enlazan y confunden . . . La ironía del escritor destila irrealidad en lo real, realidad en lo irreal”. Porque *hablar* es intrínsecamente fabular, elaborar ficciones, decir mentiras; como la conquista de Inglaterra por los árabes en *Tirant lo Blanc*. Pilar Serrano le escribía a su hija Pilar Donoso: “Mire, linda, no importa que no sea verdad, porque en esta casa se come de las mentiras de papá”. Y Vargas Llosa, al concluir su discurso de Estocolmo, señala: “Las mentiras de la literatura se vuelven verdades a través de nosotros, los lectores transformados, contaminados de anhelos y, por culpa de la ficción, en permanente entredicho con la mediocre realidad . . . Por eso tenemos que seguir soñando, leyendo y escribiendo, la más eficaz

manera que hayamos encontrado de aliviar nuestra condición precedera, de derrotar a la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible”.

Uno de los rasgos universales del lenguaje humano, según Hockett, es el de la prevaricación. Gracias a esta, y por medio de las lenguas, podemos engañar, mentir, construir ficciones, metáforas y todo tipo de tropos. La metáfora no es, como se pensaba, un fenómeno literario. Mejor dicho, es un fenómeno literario porque primero es un fenómeno lingüístico, de la lengua de todos los días. Y mejor aun, los estudios de Lakov y Johnson sobre las metáforas de la vida cotidiana nos muestran que la metáfora es un fenómeno lingüístico porque ante todo es un fenómeno cognitivo: no tenemos otra forma de conocer sino a través de las metáforas: *Eructabo abscondita*. Porque *palabra es parábola y hablar es fabular*. Este agudo teórico de la literatura que aquí nos convoca, y primero del lenguaje, ha comprendido y nos lleva a comprender que hablar es fabular. Y fabular, proyecto de levantar torres inconclusas como la de la novela total, y vivir no es más que un gran acto de conocer el mundo a través de las ficciones del lenguaje humano.

Desde que se utiliza el lenguaje se recrea la creación, se rehace o se contrahace la realidad. Toda vez que se emplea la lengua se configura una ficción, más cercana o más distante de la realidad. Y en la génesis del conocer está la metáfora, herramienta de conocimiento. Siempre se parte de una materia prima, materia bruta, a la que el constructor, historiador o narrador, o simplemente hablante, le otorga legibilidad e inteligibilidad a través de los materiales de construcción de la torre de Babel alternativa: segmentos de realidad, porciones de mundo, recortes de la creación de Dios y de los hombres. Una prueba lapidaria de la existencia de Dios es justamente la torre de Babel y la literatura, contrahechuras de la creación. ¿De dónde viene si no este empeño supremo de levantar torres y hacer literatura? ¿De dónde, esta fuerza imparable de la soberbia y la indelicadeza humanas? Es parte del paradigma inmunológico, como lo plantea Roberto Esposito. La narración no solo se presenta en términos de acción “sino [también] de reacción: más que una fuerza propia, se trata de un contragolpe, de una contrafuerza, que impide que otra fuerza se manifieste”. La “ficción” es un contragolpe: reproduce en forma controlada, homeopática, el mal del que quiere proteger. No nos cabe, pobres criaturas, más que ser reactivos.

Por la soberbia diabólica de este gran vengador, delator implacable de la equivocación de Dios, deicida en grado sumo, creo que se merece el

máximo galardón que la Universidad Andrés Bello concede a los hombres grandes de la humanidad. A todos ellos que con su pensamiento, su testimonio moral y las facturas de su inteligencia, han clavado su tienda en medio de nosotros y se han parado frente al Creador, como dignos hijos suyos, a su imagen y semejanza, con gallardía, dignidad y nobleza. Porque ante el desamparo cósmico, también hoy, para el hombre que mira la “estreyería”, has sido el heredero directo de ese primordial KEN KITSA TA TSI RI RA. Esta Casa ha querido entregarte una rama del laurel de Dafne.